



CATÁSTROFE MORAL

**La modernidad, por un lado, necesita de la
moral, pero, por otro, la hace imposible**

(Ross Poole)

PRESENTACIÓN

En este tercer número de Palinoros, presentamos dos diálogos de Arturo Berumen Campos. Uno titulado Las desventuras de la virtud. Diálogo entre Nicómaco y Zaratustra y otro llamado El Fetichismo de los Protocolos. Diálogo entre un médico y un filósofo, con motivo de la crisis de coronavirus.

LAS DESVENTURAS DE LA VIRTUD DIÁLOGO ENTRE NICÓMACO Y ZARATUSTR*

Arturo Berumen Campos

Nicómaco: ¿Por qué eres tan irreverente, Zaratustra?

Zaratustra: ¡Porque Dios ha muerto! ¿No lo sabías?

Nicómaco: ¡Tú lo has matado en el corazón de los hombres, con tus irreverencias!

Zaratustra: ¡Hay que destruir los valores a martillazos!

Nicómaco: Lo que estás destruyendo es la virtud, no los valores.

Zaratustra: Mi querido Nicómaco, la virtud ha sido destruida por la modernidad hace ya varios siglos ¿no te has enterado tampoco?

Nicómaco: ¿Por qué dices eso, desventurado Zaratustra? ¿Quién ha destruido la virtud?

Zaratustra: ¿Qué no te has dado cuenta de que vivimos en una época de catástrofe moral?

Nicómaco: ¿Catástrofe moral has dicho? ¿En qué consiste tan grave fenómeno? ¿Cómo se ha producido?

Zaratustra: Cuando desaparecieron los vínculos comunitarios los valores morales sustituyeron a la virtud.

Nicómaco: ¡Explícate! No veo diferencia entre los valores morales y las virtudes.

* Diálogo inspirado en el libro Tras la virtud de Alasdair MacIntyre.

Zaratustra: ¿En serio, no la ves?

Nicómaco: ¡No! Explícamela por favor.

Zaratustra: Yo pensé que eso era obvio para alguien tan lleno de sabiduría.

Nicómaco: Nadie puede salirse de su tiempo, ni yo.

Zaratustra: Pues te voy a sacar de tu tiempo, hijo querido de Aristóteles.

Nicómaco: Procura ser lo más claro posible, hijo muy querido de Nietzsche.

Zaratustra: Y tu procura entender lo más posible.

Nicómaco: ¡Cómo buenos racionalistas comunicativos que somos!

Zaratustra: Escucha el más grande error de la modernidad: las virtudes se convierten en valores cuando se universalizan.

Nicómaco: ¿Y eso que tiene de malo o de catastrófico?

Zaratustra: ¿No lo ves, verdad?

Nicómaco: Según he oído, la universalidad de los derechos ha sido uno de los grandes avances de la humanidad ¿no es así?

Zaratustra: No, cuando se trata de una universalidad abstracta.

Nicómaco: Ya estás hablando como Hegel.

Zaratustra: Jajaja, tal vez. Pero lo importante es, fíjate bien, que al hacerse universales las virtudes se transforman en valores ineficaces.

Nicómaco: ¿Por qué dices eso?

Zaratustra: Por lo que te decía hace un momento: porque se desarraigan de la comunidad, de las relaciones concretas entre los hombres.

Nicómaco: A ver, explícame más despacio.

Zaratustra: Si mira, las personas no se sienten obligadas por los valores ni por los deberes morales que no surgen de su vida concreta de todos los días, sino que han sido establecidos por autoridades ajenas a su experiencia diaria.

Nicómaco: Ponme un ejemplo concreto, para que pueda verlo y sentirlo.

Zaratustra: Te voy a hablar del ejemplo más paradigmático de la catástrofe moral de la modernidad: los derechos humanos.

Nicómaco: La verdad no te entiendo ¿Cómo derechos humanos?

Zaratustra: ¿Qué es lo que no entiendes, por el amor de Dios?

Nicómaco: ¿No que dios ha muerto?

Zaratustra: ¡Es una manera de hablar! Dime ¿qué es lo que no entiendes?

Nicómaco: Qué sólo los griegos tienen derechos, no los bárbaros. Y todo el que no habla griego es un bárbaro ¿Tú hablas griego, Zaratustra?

Zaratustra: Eso es lo que te estoy diciendo desde un principio, sólo los derechos particulares son eficaces.

Nicómaco: Ah, ya te entendí. Concederles derechos a los bárbaros es matar a las virtudes.

Zaratustra: Continúa, por favor, vas muy bien.

Nicómaco: No están capacitados, por su ignorancia, para apreciarlas y aplicarlas, no están hechas para ellos.

Zaratustra: Esa es la universalidad abstracta: imponerles a los otros, virtudes que ni conocen ni aprecian. Se convierten en derechos humanos ineficaces.

Nicómaco: ¿Y a quién se le ocurrió semejante cosa tan absurda?

Zaratustra: ¿Ya vez porque quiero destruir todos esos valores universales a martillazos filosóficos? ¡Por abstractos! ¡Por falsos! ¡Por inauténticos!

Nicómaco: ¡Sí, duro con ellos! Pero, estoy pensando ¿no se podrían transformar en universales concretos?

Zaratustra: ¡Ahora eres tú él que habla como Hegel!

Nicómaco: En serio ¿Por qué no mejor concretizas los valores en lugar de destruirlos?

Zaratustra: Te voy a decir porque no se puede, hijo de Aristóteles.

Nicómaco: Habla, te escucho.

Zaratustra: Porque los valores modernos, al pretender ser universales, entran necesariamente en contradicciones insolubles.

Nicómaco: Dime cómo es eso.

Zaratustra: Te voy a poner otro ejemplo para que te quede claro. La catástrofe moral de la modernidad consiste, fundamentalmente, en la contradicción de dos valores: la dignidad y la utilidad.

Nicómaco: Ah ¿una contradicción entre Kant y Bentham?

Zaratustra: ¿No que no te podías salir de tu tiempo?

Nicómaco: Sólo un poco. Explícate más ampliamente.

Zaratustra: Fundamentalmente, la catástrofe de la moralidad en la modernidad consiste en que se nos exige que nos comportemos moralmente, pero, a la vez, se nos impide hacerlo.

Nicómaco: Es decir ¿se exige que nos portemos como Kant, pero se nos obliga a comportarnos como Bentham?

Zaratustra: Quizá sea la manera más radical de decirlo, pero también hay otras contradicciones muy importantes ...

Nicómaco: ¡Un momento! ¿Porque están en contradicción Kant y Bentham, si los dos expresan la universalidad moral moderna?

Zaratustra: Precisamente por eso, porque son dos universalidades que pretenden valer al mismo tiempo y tienen que colisionar, necesariamente.

Nicómaco: Mucho te agradecería un ejemplo.

Zaratustra: Por ejemplo, cuando se sacrifican los derechos de una minoría para proteger a una mayoría. Es decir, el mal menor de Bentham contra el imperativo categórico kantiano.

Nicómaco: ¿No dirás que hay que relativizar ambos, para hacerlos compatibles?

Zaratustra: No tan sólo relativizar sino particularizarlos, es decir, destruirlos como valores.

Nicómaco: Es decir ¿quieres regresar a las virtudes de cada comunidad, en lugar de los valores universales?

Zaratustra: ¡Tampoco! No es posible regresar a las virtudes de tu época.

Nicómaco: ¿Quieres explicarme por qué no es posible ir Tras la virtud?

Zaratustra: ¡Porque tu padre, Aristóteles, la construyó mal!

Nicómaco: ¿Qué qué qué?

Zaratustra: Si mira, empecemos desde un principio. Con la potencia y el acto.

Nicómaco: En verdad ¿lo crees necesario?

Zaratustra: Si claro, por supuesto.

Nicómaco: Bien, si no hay más remedio, empecemos. La potencia es la posibilidad del ser y el acto es la posibilidad realizada. No sé si está claro.

Zaratustra: Con un ejemplo quedaría más claro.

Nicómaco: Bien. La semilla es un árbol en potencia, es decir, que tiene la posibilidad de convertirse en un árbol. Y el árbol es la semilla en acto, es la realización de la posibilidad. Así ¿o más claro?

Zaratustra: Aplícalo, por favor, al ser humano.

Nicómaco: El embrión es un ser humano en potencia y el ser humano es un embrión en acto.

Zaratustra: Ahora viene lo más importante. Como se utiliza este esquema en ética.

Nicómaco: Por ejemplo, el estudiante de derecho es un abogado en potencia y el abogado es un estudiante de derecho en acto.

Zaratustra: Ahora dime, por medio de qué se transforma el hombre en lo que debe ser.

Nicómaco: Por medio de la ética el hombre pasa del ser humano en potencia al ser humano en acto.

Zaratustra: ¿Y cómo sabemos si el hombre ya es lo que debe ser?

Nicómaco: Por medio de la virtud, justamente.

Zaratustra: ¿Y qué es la virtud?

Nicómaco: La virtud es buscar el justo medio entre dos extremos, el justo medio entre el exceso y el defecto.

Zaratustra: ¿Me quieres decir que el justo medio es la mediocridad?

Nicómaco: ¡Claro que no! Es la prudencia, la frónesis.

Zaratustra: ¿Como distingues el justo medio de la mediocridad?

Nicómaco: Pensemos en otro ejemplo para saber si la virtud es el justo medio entre el exceso y el defecto o es la mediocridad.

Zaratustra: Deja que yo ponga el ejemplo. El hombre, te pregunto ¿es el justo medio entre la bestia y el superhombre?

Nicómaco: ¿Superhombre? ¿Qué es eso? ¿Será Dios?

Zaratustra: ¡Que Dios ha muerto!

Nicómaco: Entonces ¿Qué es?

Zaratustra: Tú lo llamarías el exceso de lo humano.

Nicómaco: Entonces, la bestia es el defecto de lo humano y el superhombre es el exceso de lo humano. Por tanto, el hombre es el justo medio. Podría aceptarlo como ejemplo de virtud.

Zaratustra: O un ser mediocre que se conforma con lo que es.

Nicómaco: ¿Crees, en verdad, que el hombre es un ser mediocre? Acuérdate lo que dice Shakespeare:

¡Qué obra maestra es el hombre!

¡Que noble en su razón!

¡Cuán infinito en facultades!

¡Cuán expresivo y admirable en
su forma y movimiento!
En sus acciones
¡Que parecido a un ángel!
En su inteligencia
¡que parecido a un dios!
¡La maravilla del mundo!
¡El más perfecto de los animales!

Zaratustra: Se te olvida el último verso. Hamlet concluye:

¿Qué es para mí esta
quinta esencia del polvo?

Nicómaco: ¡¡Es la Quinta Esencia!!

Zaratustra: ¡¡Pero del polvo!! Eso son la mayoría de los hombres. Son “el último hombre.”

Nicómaco: ¿El último hombre es la quinta esencia del polvo?

Zaratustra: El último hombre es el conformista, es el que está satisfecho, el que no aspira más que cumplir con las normas. El que es bueno porque tiene miedo de ser malo. En una palabra, el mediocre.

Nicómaco: ¡Deliras Zaratustra!

Zaratustra: ¡El hombre aristotélico es el último hombre!

Nicómaco: No saques conclusiones todavía, querido Zaratustra. Pues a mí me parece entonces, que el último hombre es el defecto, el superhombre es el exceso y el hombre virtuoso es el justo medio.

Zaratustra: Más bien, ¡el hombre es algo que debe ser superado por el superhombre!

Nicómaco: ¡Pero es un exceso! ¡No es virtuoso!

Zaratustra: Sí, es un exceso, pero de humanidad. El superhombre no necesita de la virtud. La ética sólo es un obstáculo para el advenimiento del superhombre, por eso hay que destruirla a martillazos, es una moral de esclavos.

Nicómaco: Dime, Zaratustra, si se destruye la ética, entonces ¿cómo se crea el superhombre?

Zaratustra: ¡No con la Ética, sino con la Estética, querido Nicómaco! ¡Con la voluntad del poder creador de belleza!

Nicómaco: ¡No lo entiendo! ¿Cómo se crea lo super humano con la estética?

Zaratustra: El superhombre no tan sólo destruye los valores de los últimos hombres, sino también crea sus propios valores de la nada.

Nicómaco: ¿Entonces es Dios?

Zaratustra: Si quieres llamarlo así, pero es un Dios que sabe reír y sabe bailar.

Nicómaco: Bueno, vamos a suponer que sea así. Pero ilustra tu tesis con un ejemplo que no deje dudas de lo que quieres decir.

Zaratustra: Lo que al principio te pareció una irreverencia, no es sino la creación de la belleza.

Nicómaco: Recuérdamelo por favor.

Zaratustra: ¡Muy bien! esta es la fiesta del asno:

Nietzsche: De repente, los oídos de Zaratustra se sobresaltaron pues en la caverna, animada hasta entonces por la bulla y las risas, se hizo de pronto un silencio de muerte. Y la nariz de Zaratustra percibió un perfume de humo e incienso, cual si quemaran piñas.

Zaratustra: ¿Qué sucede, que hacen?

Nietzsche: Preguntó mientras se aproximaba a escondidas a la entrada de la caverna, para ver a sus huéspedes sin ser visto. Pero ¡oh asombro! ¿qué vieron entonces sus ojos?

Zaratustra: ¡Otra vez se han vuelto piadosos y otra vez rezan! ¡Están locos!

Nietzsche: En efecto, todos aquellos hombres superiores -los dos reyes, el papa jubilado, el mago perverso, el mendigo voluntario, el viajero-sombra, el viejo adivino, el concienzudo de espíritu y el más feo de los hombres-, todos estaban prosternados de hinojos, como niños o viejas devotas, adorando al asno. Y el más feo de los hombres comenzó a gorgotear y a dar resoplidos como si algo inexpresable quisiera salir de su interior. Y cuando consiguió hablar, he aquí que era una piadosa y singular letanía, en honor del adorado e insensato asno. Y la letanía rezaba así:

El más feo de los hombres: “¡Amén! ¡Honor y gloria, y sabiduría y gratitud, y alabanzas y fortaleza sean tributados a nuestro Dios, de eternidad en eternidad!”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “El lleva nuestra carga, él tomo figura de siervo, él es paciente de corazón y nunca dice no. Y quien ama a su Dios, le castiga.”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “El no habla, excepto para decir ¡sí, sí! Al mundo que ha creado: de esta suerte alaba a su mundo. Su astucia lo ha creado: así rara vez se equivoca.”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “Invisible para el mundo. Gris es su color favorito, el color de su cuerpo, y en ese color oculta su virtud. Si tiene espíritu, lo oculta: pero todos creen en sus largas orejas.”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “¡Cuánta recóndita sabiduría hay en tener las orejas largas y decir siempre “si” y nunca “no” ¿Acaso no ha creado el mundo a su imagen, es decir, tan estúpido cómo es posible?”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “Tu recorres caminos rectos y torcidos: lo que los hombres llaman recto o torcido, poco importa. Tu inocencia consiste es no saber lo que es inocencia.”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “He aquí como no rechazas, ni a los mendigos ni a los reyes. Dejas que se acerquen a ti los niños; y si los muchachos malvados te seducen, dices, simplemente, “I-A” (SI)

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

El más feo de los hombres: “Te gustan las burras y los higos frescos, no eres un remilgado. Un cardo te cosquillea las entrañas cuando tienes hambre. En eso está la sabiduría de un Dios.”

Nietzsche: Y el asno rebuznó:

Burro: ¡I-A!

Nicómaco: ¡Basta, Zaratustra, basta!

Zaratustra: ¿Qué te pasa Nicómaco? ¿No te has gustado?

Nicómaco: ¡Claro que no!

Zaratustra: ¿Te ofendió?

Nicómaco: No es eso, yo no creo en ese Dios ¿Pero eso que tiene que ver con la creación de nuevos valores?

Zaratustra.: Crearon la connotación del rebuzno de un burro como la palabra de Dios.

Nicómaco: Es un aspecto formal, pero ¿Qué contenido nuevo crearon tus discípulos Zaratustra?

Zaratustra: ¿Se te hace poco decir que la fe es creer en los rebuznos de Dios?

Nicómaco: Vamos a suponer que sí, Zaratustra, que esa connotación es la creación de un valor nuevo, pero de ningún modo es universal como los valores modernos que has criticado antes, sino sólo el valor de un pequeño grupo: el de los asesinos de Dios.

Zaratustra: ¡El de los superhombres!

Nicómaco: ¡El de los últimos hombres, querrás decir! ¡De los que no creen en nada!

Zaratustra: ¡Ya te dije que la universalidad lleva al nihilismo! ¡Por eso, el superhombre va más allá de todo límite!

Nicómaco: ¡Pero acuérdate que todo principio llevado hasta lo absoluto se transforma en su contrario!

Zaratustra: Nuevamente escucho el lenguaje de Hegel en tu boca.

Nicómaco: ¡No me importa, contéstame!

Zaratustra: No veo cómo el exceso de creatividad puede llevar al superhombre a recaer en el último hombre, como dice Hegel por tu boca.

Nicómaco: Por la reacción extrema de los que sostienen los valores destruidos a martillazos por los superhombres.

Zaratustra: ¡Ah, por los últimos hombres!

Nicómaco: Se van al otro extremo y así sucesivamente, en un “movimiento aturdidor”

Zaratustra: ¡Otra vez, ese Hegel!

Nicómaco: ¿Sabes quién se puede detener este movimiento aturdidor que va de un extremo al otro?

Zaratustra: ¿Quién?

Nicómaco: ¡El hombre prudente aristotélico!

Zaratustra: Sabía que ibas a decir eso.

Nicómaco: De hecho, por haberse olvidado del justo medio, la modernidad ha ido del dominio de los últimos hombres al de los superhombres y viceversa y así sucesivamente.

Zaratustra: ¡Pero el justo medio detendría el progreso!

Nicómaco: Claro que no, lo haría menos doloroso.

Zaratustra: ¡Y más aburrido!

Nicómaco: Pongamos a prueba mi hipótesis. Escoge a algún superhombre de la historia.

Zaratustra: Pensemos en un filósofo mexicano: José Vasconcelos.

Nicómaco: ¿Por qué él precisamente? ¿Crees, en verdad, que es un superhombre?

Zaratustra: Bueno, así le decían sus enemigos políticos, irónicamente. Pero averigüémoslo.

Nicómaco: ¿Podemos decir que es un artista?

Zaratustra: Bueno su libro más importante, Estética, dice Octavio Paz, raya en niveles poéticos.

Nicómaco: ¿Ha creado nuevos valores?

Zaratustra: El monismo estético como forma suprema de conocimiento.

Nicómaco: Me suena como a tu mediación estética entre el último hombre y el superhombre. ¿Es casualidad o se inspiró en ti?

Zaratustra: No lo sé, pero seguramente estaba en el espíritu de los tiempos.

Nicómaco: ¿Es creador de creadores de valores?

Zaratustra: ¡Se le conocía como el maestro de la juventud!

Nicómaco: ¿Qué creadores de valores creó como maestro?

Zaratustra: Bueno, podemos pensar en el poeta Jaime Torres Bodet entre otros. Pero Vasconcelos ha sido creador de instituciones como la SEP, por medio de las cuales ha influido en muchos creadores.

Nicómaco: Pero también han creado generaciones de últimos hombres, como efecto de la dialéctica negativa de que hablábamos antes.

Zaratustra: ¿Por qué se da esta dialéctica negativa en las instituciones?

Nicómaco: Creo que es en las instituciones donde se expresa con mayor claridad la contradicción fundamental del mundo moderno: la contradicción entre el universalismo abstracto y el utilitarismo concreto.

Zaratustra: ¿Como se expresa la catástrofe moral de las instituciones?

Nicómaco: Las instituciones son los medios para realizar los valores en el mundo moderno. Las instituciones educativas realizan o deben realizar la formación de la juventud. La judicatura debe realizar el valor de la justicia. La policía, realiza o debe realizar el valor de la seguridad pública.

Zaratustra: Hasta aquí no veo contradicción alguna.

Nicómaco: Pues bien, lo que sucede en el mundo moderno, es que se invierte el orden de las mediaciones: lo que es el medio se convierte en el fin y lo que es el fin se transforma en el medio.

Zaratustra: Necesito un ejemplo, como siempre.

Nicómaco: Quedaría muy bien el ejemplo de las universidades, públicas y privadas, y de los títulos que expiden a sus graduados.

Zaratustra: ¿Títulos? ¿De nobleza?

Nicómaco: ¡Casi nobleza! Son documentos oficiales que acreditan que terminaste los estudios de determinadas profesiones: abogado, ingeniero, médico, filósofo, etc.

Zaratustra: Bien, continúa.

Nicómaco: Pues bien, resulta que dichos títulos que sólo son un medio para acreditar la formación universitaria de los jóvenes profesionistas, se han convertido en la finalidad principal de las universidades. Un fin en sí mismos.

Zaratustra: ¿Qué quieres decir, exactamente, con que dichos títulos se han convertido en un fin en sí mismos?

Nicómaco: Pues eso mismo. Que los títulos universitarios ya no sólo representan lo que los graduados han aprendido, sino que generan un estatus social como los títulos de

nobleza, lo que implica ciertas obligaciones sociales como obtener determinados ingresos, vestir de una manera adecuada, contar con una buena casa, coches y demás manifestaciones de consumo ostensible.

Zaratustra: ¿Pero, sí demuestran lo que los profesionistas saben en realidad?

Nicómaco: No necesariamente, pues puede suceder, es común que suceda, que se expidan títulos a jóvenes aún no formados lo suficientemente.

Zaratustra: ¿Qué tan común?

Nicómaco: Muy común. Depende de las instituciones. En unas más que en otras.

Zaratustra: ¿Pero, porque hacen eso los funcionarios y los maestros de las instituciones?

Nicómaco: Aquí es donde entra el utilitarismo. Porque a las instituciones educativas les exigen eficiencia terminal.

Zaratustra: ¿Es decir?

Nicómaco: Qué tengan más titulados que otras instituciones para tener más presupuesto, más prestigio, más alumnos.

Zaratustra: ¿Quién les hace estas exigencias puramente cuantitativas?

Nicómaco: El Estado, el mercado, según se trate de universidades públicas o privadas, respectivamente.

Zaratustra: ¿Y los alumnos y sus padres permiten esto?

Nicómaco: ¡Ay, Zaratustra! Son los más interesados en titularse lo más rápido posible.

Zaratustra: ¿Y los maestros?

Nicómaco: Algunos se oponen a la inversión de los valores educativos, pero al final de cuentas los efectos sistémicos se imponen a la larga.

Zaratustra: ¿Efectos sistémicos?

Nicómaco: Si, todos quedan atrapados, las autoridades, los maestros, los alumnos, los trabajadores, en una dinámica que nadie controla: es la lucha entre la exigencia de moralidad y la estructura sistémica que la impide.

Zaratustra: Me estoy dando cuenta de que tienes razón. Aunque las instituciones las hayan fundado algunos pocos superhombres (Gabino Barreda, Justo Sierra, José Vasconcelos), a la larga las instituciones son controladas por los últimos hombres conformistas, que sólo repiten los valores establecidos en un eterno retorno de lo idéntico.

Nicómaco: Y si tuvieras tiempo analizaríamos otras instituciones, en todas se da la inversión de los valores, en unas más, en otras menos.

Zaratustra: ¡Entonces hay que destruirlos a todas a martillazos!

Nicómaco: ¿Quién, dime Zaratustra, quién los va a destruir?

Zaratustra: ¡Los nuevos superhombres!

Nicómaco: ¿Para qué, si al final predominarán los nuevos últimos hombres?

Zaratustra: Entonces ¿Qué podemos hacer? ¡No me digas que hay que volver a la virtud!

Nicómaco: ¿Por qué no?

Zaratustra: Porque la relación medio a fin con que está estructurada puede ser presa fácil de la inversión de la modernidad.

Nicómaco: Entonces ¿no hay solución a la crisis de la modernidad?

Zaratustra: No sé ¡Tal vez si conjuntamos nuestras fuerzas!

Nicómaco: Sí, sí ¡Hagámoslo! ¿Pero cómo?

Zaratustra: “Saber los límites, es saber sacrificarse”. Tenemos que sacrificar elementos de las teorías de nuestros padres. Yo, el superhombre y tú el justo medio.

Nicómaco: Te sigo, continúa.

Zaratustra: Luego, complementar la ética con la estética.

Nicómaco: Ahí si ya no entiendo.

Zaratustra: Para pasar del ser humano en potencia al ser humano en acto hay que revestir a la prudencia con la belleza.

Nicómaco: Me recuerda a Shakespeare: “Si tienes un pensamiento hermoso, busca para expresarlo, una palabra más hermosa aún”

Zaratustra: Para que el justo medio no se confunda con la mediocridad, con el conformismo, hay que formar a los alumnos con la Paideia integral que armonice la lógica, la ética y la estética.

Nicómaco: Ahora tú pareces Kant, querido Zaratustra.

Zaratustra: Por ejemplo, la formación de los abogados debe educar la inteligencia con la tópica jurídica, la voluntad con la prudencia y la sensibilidad con la estética jurídica.

Nicómaco: ¿Qué tiene que ver el derecho con la estética, con el arte, con la poesía, con la música o con el teatro?

Zaratustra: ¿Sabías que fue la novela la que creó, en el siglo XIX, la empatía necesaria para dotar de eficacia a los derechos humanos, cuando menos en Europa?

Nicómaco: ¿La empatía?

Zaratustra: Sí, sentir lo que el otro siente y solidarizarte con él. Como los derechos son universales, son abstractos para la mayoría de la gente, la cual no siente empatía con personas ajenas a su comunidad. Esto es lo que sostiene una historiadora llamada Lynn Hunt.

Nicómaco: Digamos que, fuera de la comunidad, la estética substituye a la ética para generar la empatía como condición de la eficacia de los derechos humanos.

Zaratustra: Otra escritora moderna, Martha Nussbaum, sostiene que, si los jueces leyeran novelas realistas, serían mejores jueces.

Nicómaco: ¿Por qué?

Zaratustra: Por la misma razón, porque lleva a los jueces a la empatía sin perder objetividad ni imparcialidad.

Nicómaco: Me gusta la conjunción de la ética comunitarista con la estética universalizable. Pero ¿será suficiente para resistir los efectos sistémicos de la inversión de los valores en el mundo moderno? ¿No resultará demasiado frágil?

Zaratustra: Nada está garantizado, querido Nicómaco. Pero es necesario educar estéticamente a los profesionistas, en especial a los abogados.

Nicómaco: Yo incluiría a todos los ciudadanos en esa formación integral (Paideia).

Zaratustra: Por cierto, Nicómaco, te recomiendo un diálogo titulado: “La educación estética de los abogados”.

Nicómaco: Se parece al libro de Schiller: “La educación estética del hombre”.

Zaratustra: Creo que el autor se inspiró en él.

Nicómaco: ¿Cómo se llama el autor?

Zaratustra: Es alguien de cuyo nombre no quiero acordarme.

Nicómaco: Adiós Zaratustra, hijo de Nietzsche.

Zaratustra: Adiós Nicómaco, hijo de Aristóteles.

EL FETICHISMO DE LOS PROTOCOLOS DIÁLOGO ENTRE UN MÉDICO Y UN FILÓSOFO

Arturo Berumen Campos

Médico: ¿Cómo se encuentra, señor filósofo?

Filósofo: ¡Ay, me duele la cabeza!

Médico: Ya ve, eso le pasa por pensar tanto

Filósofo: Son los efectos de la anestesia, creo.

Médico: Es que su operación no fue fácil. ¿Cómo está su mano, por cierto?

Filósofo: Bien, no me duele.

Médico: Deje se la reviso.

Filósofo: ¡Ya estoy bien!

Médico: Son los protocolos.

Filósofo: ¿Cómo? ¿Protocolos?

Médico.: Sí, las indicaciones para el tratamiento.

Filósofo: ¿Quién le da esas indicaciones?

Médico: Ya están establecidas.

Filósofo: ¿Quién las establece?

Médico: Bueno, las autoridades sanitarias y hospitalarias.

Filósofo: Entonces, ¿no te basas en tu saber médico para curar, en tu experiencia?

Médico: Deja te quito la venda, mientras te explico.

Filósofo: Pero, ¿cómo sabes que hacer, entonces?

Médico: Lo que pasa es que los protocolos están basados en el saber y en la experiencia generalizada de la profesión.

Filósofo: ¿Tuya también?

Médico: ¡Claro! Cada vez que reviso a un paciente, aplico los protocolos, pero también creo mis propias reglas.

Filósofo: Aplicas y creas ¡Que interesante!

Médico: ¡Ya cállate! Deja te reviso

Filósofo: Mmmm, Mmmm, Mmmm

Médico: Mira, ya está bien tu mano. Aunque creo que necesitas otra operación.

Filósofo: ¿Cómo que está bien mi mano, pero necesito otra operación? Entonces no está bien.

Médico: Está bien, en general, pero hay algunos detalles que me preocupan.

Filósofo: ¿Detalles? ¿Están en los protocolos?

Médico: No. Es lo que te decía, eso lo sé por mi experiencia personal, compartida con mis colegas.

Filósofo: ¿Qué detalles?

Médico: Pues mira, no creo que puedas entenderme.

Filósofo: ¡Intenta explicarme!

Médico: Está de más, tu confía en mi criterio.

Filósofo: ¿Así es como tu confías en los protocolos? ¿Ciegamente?

Médico: No, no es lo mismo. Tú no sabes nada de medicina. Yo soy médico, especialista traumatólogo y subespecialista “en mano”.

Filósofo: ¡¿Mano derecha o mano izquierda?!

Médico: ¡No te burles! ¡Mira, si no te vuelvo a operar, perderás tu mano!

Filósofo: ¡No me aterrorices! ¿La voy a perder por detalles, según dices? ¡No eres coherente ni congruente!

Médico: ¡Sí, son detalles que se pueden agravar!

Filósofo: ¡Pero tienes que explicarme, a detalle también!

Médico: ¡No te tengo que enseñar, sino sólo curar!

Filósofo: ¡Te equivocas, hijo de Galeno! La medicina, dice Platón, es una verdadera “*Paideia*”. Es decir, es una educación del paciente.

Médico: ¿Qué sabía Platón de medicina? ¡Nada!

Filósofo: ¡Te vuelves a equivocar, nieto de Hipócrates! La medicina es la terapéutica del cuerpo como la ética es la terapéutica del alma, sostenía el divino Platón.

Médico: ¡Bah! Es sólo una vaga analogía entre la medicina y la ética.

Filósofo: No sólo eso, mi estimado. La medicina era, en la antigüedad, el modelo de la ética y no al revés, cómo parecería pensarse.

Médico: No te entiendo bien. ¡Explícame!

Filósofo: La medicina, para los hombres libres era un diálogo entre el médico y el paciente, de ahí Platón derivó toda su ética dialógica

Médico: ¿Y para los hombres no libres?

Filósofo: Eran los médicos de esclavos: “dan sus instrucciones sin hablar, sin pararse a razonar sus actos, a base de la simple rutina y la experiencia. Este médico es un tirano brutal”

Médico: ¿Cómo crees?

Filósofo: Si no dialogas con tus pacientes, si sólo te basas en las rutinas de los protocolos, eres un médico de esclavos. Es decir, tratas a tus pacientes como esclavos, no como hombres libres.

Médico: ¿Tú crees que los médicos modernos somos así? ¿Médicos de esclavos?

Filósofo: ¡Sólo con los pacientes pobres, los que asisten a los hospitales públicos como éste! ¡Pero con los pacientes ricos, eres médico de hombres libres!

Médico: ¿Tú crees que yo soy así?

Filósofo: Conmigo lo fuiste, antes de operarme y ahora que me quieres operar otra vez. En cuanto a tu consulta privada, no lo sé, pero me imagino que con tus pacientes ricos si dialogas, convences, no te basas únicamente en los protocolos.

Médico: Bueno, tal vez tengas razón en parte. Pero es que tu no comprendes.

Filósofo: ¿Qué es lo que no comprendo, estimado galeno?

Médico: En la consulta pública es sumamente difícil establecer un diálogo médico-paciente.

Filósofo: ¿Por qué dices eso?

Médico: ¿Qué no te diste cuenta, cuando ingresaste a urgencias, el caos que se forma con tantos pacientes amontonados exigiendo atención inmediata y perentoriamente al mismo tiempo?

Filósofo: Bueno, en eso sí tienes razón. Urgencias me pareció un verdadero pandemonio, un lugar de todos los diablos.

Médico: Así es. Dime, como establecer un diálogo con cien pacientes que te gritan que los atiendas a todos. Te vuelves loco.

Filósofo: Algo que me sorprendió es que ese caos pandemoniaco funciona: las enfermeras e internistas te sientan, te toman tus signos vitales, te conectan los equipos, te dan de comer.

Médico: Y ¿por qué crees que funciona, hijo de Platón?

Filosofo: ¿Por qué?

Médico: ¡Por los protocolos, precisamente! Todo mundo sabe que hacer, como hacerlo, cuando hacerlo, casi automáticamente.

Filósofo: Pero ese comportamiento tan mecanizado puede que funcione cuando las cosas se mantienen igual, pero cuando hay algo imprevisto, la mayoría no sabe qué hacer. Esa dependencia de los protocolos es lo que yo llamo el fetichismo de los protocolos.

Médico: Es que, si no te sistematizas, tú, el paciente, las enfermeras, no podríamos resistir tanta presión. Lo que llamas enajenación no es más que una careta que nos defiende de la presión y de la angustia. Los pacientes no entienden esto, ni tu tampoco.

Filósofo: Tienes razón, no tomamos en cuenta la presión de tanto paciente y de tanto trabajo. Pero a ustedes se les olvida que nosotros como pacientes, estamos no sólo angustiados, si no aterrorizados con la expectativa de perder una mano, u otro órgano, o incluso la vida.

Médico: Tal vez, si tomáramos en cuenta la situación del otro, podríamos ...

Filósofo: Si tal vez, la empatía recíproca puede romper esta dialéctica negativa sin fin entre la enajenación de los pacientes y el fetichismo de los protocolos.

Médico: Ja, ja, ja, Es lo que decías durante la operación, bajo el efecto de la anestesia.

Filósofo: No me digas, ja, ja, ja.

Médico: Hasta dormido sigues filosofando, ja, ja, ja.

Filósofo: Lo malo es que lo que es producto de la necesidad, lo hacen ustedes virtud.

Médico: ¿Cómo? No entiendo.

Filósofo: Digamos que el fetichismo de los protocolos protege contra la ansiedad de las decisiones médicas.

Médico: Pero los protocolos recogen la experiencia, no de un médico en particular, sino la experiencia de la profesión médica en general. Por eso, son eficaces.

Filósofo: ¿Es decir, que la experiencia y la efectividad de los resultados, avalan la validez de los protocolos?

Médico: Claro, no sólo la experiencia del pasado, si no la efectividad de los resultados del presente, avala la validez de los protocolos, constantemente.

Filósofo: ¿Y si de repente, los protocolos dejaran de ser eficaces?

Médico: ¿Cómo? ¿Por qué?

Filósofo: Si, por ejemplo, que su aplicación dejara de curar a los pacientes, incluso que no evitaran que murieran en un gran porcentaje, ¿qué pasaría con los protocolos?

Médico: ¿Pero, porque pasaría esto?

Filósofo: No lo sé. ¡Suponlo, por un momento!

Médico: No, tienes que decirme una razón creíble. Si no, ¿Cómo lo voy a suponer?

Filósofo: Bueno, supón que de repente aparece un nuevo virus.

Médico: Dime algo más realista, por favor.

Filósofo: Piensa bajo supuestos, para poder discutir. Asume una actitud hipotética para neutralizar los fetichismos.

Médico: Está bien. ¿Qué más tengo que suponer?

Filósofo: Bueno, que este virus aparece en China y se expande por todo el mundo.

Médico: ¡No exageres!

Filósofo: Ah, ¿no lo crees? Pues a ver que opinas de esto. ¿cómo no saben nada del virus, hacen un protocolo provisional.

Médico: ¿Provisional?

Filósofo: Bueno, provisional que se volvió definitivo.

Médico: ¿Qué clase de virus es?

Filósofo: ¡Un coronavirus!

Médico: ¡Ah, es un virus de la gripe! Entonces es sencillo combatirlo.

Filósofo: ¡Continúa suponiendo que el virus es sumamente contagioso y mortal!

Médico: ¿Contagioso y mortal? ¿Qué tanto?

Filósofo.: Mucho. ¡Se expande por todo el mundo y se declara una pandemia!

Médico: Ja, ja, ja, ni Hollywood, ja, ja, ja.

Filósofo: Espérate, todavía no acabo. ¡Empieza a morir mucha gente, sobre todo ancianos!

Médico: ¿Por qué muere la gente?

Filósofo: Es que no hay tratamiento eficaz.

Médico: ¿Y el protocolo que dice?

Filósofo: Eso, que no hay tratamiento eficaz. Que una vez que te detectan la enfermedad tienes que esperar, a ver si no te da la enfermedad de una manera grave; pero si se agrava, sólo te queda que te entuben en un respirador artificial, donde tienes el 80 por ciento de morirte.

Médico: ¿Cómo crees? ¡¡¡No puede decir eso!!!

Filósofo: ¡Cálmate, acuérdate que sólo es una suposición!

Médico: Ah sí, ¿verdad?

Filósofo: Te hace falta pensar bajo supuestos.

Médico: Pero, en concreto, ¿de que mueren los pacientes?

Filósofo: No se hacen autopsias. Los protocolos los prohíben.

Médico: ¿Por qué las prohíben?

Filósofo: ¡Por miedo al contagio!

Médico: ¡No es posible, hay equipos protectores para hacer las autopsias!

Filósofo: Acuérdate que el virus es muy contagioso.

Médico: ¿Incluso de los cadáveres?

Filósofo: Según los protocolos, sí.

Médico: ¿Cómo saben tanto del virus, si no saben nada?

Filósofo: ¡Es la fe en los protocolos!

Médico: Pero ¿se habrán ensayado otros tratamientos, análogos a los de otros virus de la gripe? Como, por ejemplo, antigripales, antiinflamatorios, antibióticos, no sé?

Filósofo: ¡No se aceptan! ¡Los protocolos los prohíben!

Médico: ¿Cómo? ¿Por qué?

Filósofo: Porque “pueden” ser contraproducentes.

Médico: ¡Fetichistas protocolos!

Filósofo: ¡Son los protocolos!

Médico: ¿Se habrá autorizado ensayar alguna medicina alternativa?

Filósofo: ¡Tampoco!

Médico: ¡Ya sé, ya sé! Los protocolos los prohíben.

Filósofo: ¡Que hacen más daño!

Médico: ¡Pero se están muriendo 8 de 10! ¿Qué más daño pueden hacer?

Filósofo: ¡Es que, para verificar su confiabilidad, los protocolos científicos exigen muchas pruebas, como el doble ciego, que pueden durar años!

Médico: ¡Ciegos son los protocolos y quienes los hicieron!

Filósofo: ¡Y los que los aplican como si fueran dogmas metafísicos!

Médico: ¡Eso ya no es ciencia, es otra religión!

Filósofo: ¡Cientificistas y no científicos, los llamamos los filósofos!

Médico: ¿Y nadie se ha revelado contra los tiránicos protocolos?

Filósofo: Sí, los médicos italianos hicieron numerosas autopsias y encontraron las causas mediatas de los fallecimientos y aplicaron los remedios adecuados, saliendo rápidamente de su crisis, después de haber sufrido muchas bajas.

Médico: ¡Claro! ¡Mediante las autopsias los muertos salvan a los vivos!

Filósofo: Pero nuestros países no han seguido su ejemplo y siguen siendo esclavos de los protocolos.

Médico: ¿Hasta cuándo?

Filósofo: ¡Hasta que aparezca la vacuna salvadora!

Médico: ¡¿Ah, entonces los protocolos permiten la investigación de vacunas?!

Filósofo: Parece ser que la verdadera finalidad de los protocolos es que todo el mundo se vacune. Impiden cualquier otra alternativa.

Médico: Pero las vacunas tienen muchos riesgos, si no se investigan bien. Si se sigue el fetichismo de los protocolos, pueden ser peores que la pandemia.

Filósofo: Es ahí, donde nos ha llevado el fetichismo de los protocolos.

Médico: ¡Menos mal que todo esto es sólo una suposición de tu imaginación desbocada!

Filósofo: ¿Y si te dijera que la sumisión a los protocolos por parte de los médicos, en particular, y de la población en general, estaría empedrando el camino de este apocalipsis?

Médico: Ya no sigas. Ya terminé de revisarte la mano. Y vas a necesitar no sólo otra operación, sino un respirador artificial.

Filósofo: ¿Qué te está pasando? ¡Adiós, yo ya me voy!

Médico: ¡Agárrenlo, tiene coronavirus, que no escape!

